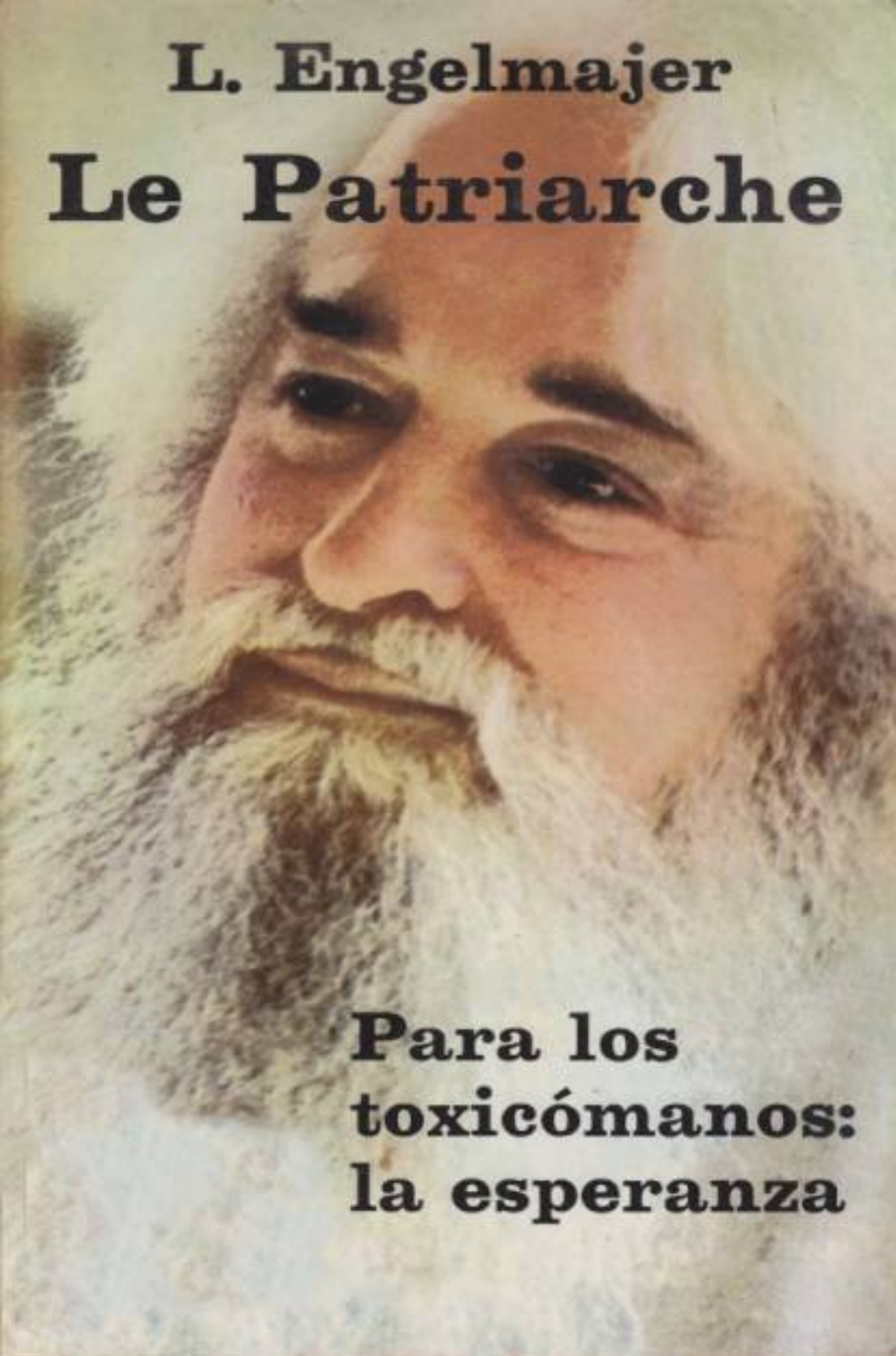


L. Engelmajer

Le Patriarche



**Para los
toxicómanos:
la esperanza**

Ocuparse de los drogadictos, ayudarles a encontrar una personalidad perdida, darles el gusto de amar y de trabajar, es el cometido que Lucien Engelmajer se propuso desde hace mucho tiempo.

En el marco de 180 diferentes lugares de vida, extendidos por toda Europa, entre los que podemos citar el de la Boère en Saint-Paul-Sur-Save en el Languedoc francés, donde Engelmajer empezó su labor, viven las correspondientes comunidades de toxicómanos de los cuales más de un 80% tienen la certeza de curarse y de reinsertarse.

En un bello libro lleno de calor humano y de pasión, que se vive y se lee como una novela, Le Patriarche cuenta su experiencia, sus luchas y da la esperanza a las familias, a los jóvenes y a todos los que se han visto afectados por este problema.

Contra la mentira

*A la virtud fiel
Del amor*

*A ti que reconoces
La oración del ala*

A mis niños en pie

*A los que son mi alegría
En la boca del corazón*

*Todas estas palabras entre páginas
Y este combate vencedor.*

PRÓLOGO

La Boère nació alrededor de un hombre y su mujer que fueron al campo a vivir de otra forma, dejando de lado el éxito social y financiero, el consumo pasivo —sin la estrecha perspectiva del éxito de una pareja y una vida social familiar egoísta— empujados por el deseo de abrir un diálogo auténtico con los jóvenes respetando su personalidad y fundando una verdadera pedagogía.

Entre estos jóvenes, los toxicómanos les parecieron las víctimas más patéticas del malestar moderno, siendo el hospital psiquiátrico o la cárcel, las únicas respuestas de la sociedad a su grito de angustia.

Conscientes de que no existía ninguna estructura que diese al toxicómano una razón de vivir, bastante fuerte, como para renunciar al suicidio por la droga, Luden Engelmajer y su mujer Réna encontraron urgente reaccionar. De este modo el proyecto pedagógico se precisó en el sentido de la ayuda a los toxicómanos. Entonces fue cuando empezó la edificación de un lugar de vida y la búsqueda de una práctica que ayudara a éstos jóvenes a recuperar la esperanza. Así encuentran en La Boère una vida nueva en la que Luden y Réna están siempre a su estucha.

No esperéis de este libro una exposición teórica sobre la droga. Os hablará del combate presente, del que construye el porvenir, del que transforma la utopía en realidad.

Es la historia del éxito de esta empresa con sus luchas, sus dudas, sus momentos de decepción o de alegría, sus fiestas y sus esperanzas.

Jacqueline MEISTERSHEIM

y

Yves GILBERT

INTRODUCCIÓN

En general, los hombres temen los problemas y muchas veces ni quieren saber que existen. Se necesita una responsabilidad moral y colectiva para conocer, comprender y al fin resolver los problemas de la toxicomanía.

En este momento, una cuarta parte de los jóvenes que tienen entre doce y veinticinco años utilizan con más o menos regularidad hierba, o ácido. En este estado de cosas, en dos o cuatro años habrá varios miles de toxicómanos, duros o suaves, enganchados. Por eso nuestro esfuerzo debe dirigirse en varias direcciones.

En primer lugar informar, en segundo prevenir y por fin parar y curar a los que ya son adictos, ya que un toxicómano es forzosamente un prosélito, muchas veces por necesidad y/o también por el gusto de compartir la fiesta.

Este libro pretende dar a conocer una experiencia, que se sitúa entre las muy pocas que consiguen resultados positivos. Y así devolver la esperanza a los que están gravemente enganchados (si, podemos salir de ello y vivir maravillosamente ¡incluso, aunque ciertos psiquiatras no lo crean!).

Hay que lanzar un grito de alarma y preguntar: ¿por qué?, ¿cómo?, ¿qué hacen?

El toxicómano es nuestro hermano, nuestro hijo, nuestro amigo, no el otro, desconocido, como en los accidentes de coche o el cáncer. Porque llevamos, como dice el Patriarca, nuestro fardo del futuro de los demás y de nuestro nacimiento.

La estructura familiar, desacreditada por unos y perturbada por otros, es perfectamente válida en su conjunto

desde el momento en que hay una relación verdadera, un diálogo abierto, desde el momento en que existe la libertad de ser auténtico. Es necesario entonces volver a enseñar al toxicómano a comunicarse, a dialogar, permitirle armonizarse naturalmente con el mundo, y es ahí en donde la experiencia del Patriarca, nos aporta.

Esta experiencia no es solitaria: la familia está incluida. Culpabilizar a los padres no sirve de nada, hay que informarlos, hacerlos participar en todo.

Son ellos (incluso imperfectos) la base de cualquier éxito en todos los campos en los que los hijos están implicados.

En La Boère, se ha creado un lugar de vida que debería obtener el consentimiento de todos y el apoyo de las correspondientes instituciones.

Parece aberrante ver rechazado a todo este importante grupo de jóvenes. Su potencial es excepcional, y su coraje edificante.

Al permitirles crear, a ellos mismos, sus condiciones de vida, sus talleres, concretizar su poder de imaginación e incluso a veces sus fantasmas, el Patriarca ha sabido adaptarse a ellos.

Vivir en La Boère, es ver realizarse una cierta forma de felicidad en condiciones difíciles.

Aunque algunas normas son obligatorias: no hay droga, no hay alcohol, no hay medicamentos de sostén, hay que levantarse a la hora acordada y participar en las organización del trabajo, el aprendizaje de la verdadera vida se funda en la libertad y en el amor.

Además de las realidades de la tierra (cultivos hortenses, limpieza...) que no son las esenciales, el trabajo artístico: la tapicería libre, la vidriería, el esmalte, el cuero, da al toxicómano el gusto a la vida que lo eleva por encima de toda tentación. Aprende a medirse con la dificultad, a limitar sus deseos, sus impulsos, y poco a poco deja de considerar su pasado de toxicómano como valorizante o vergon-

zoso. Al contrario, lo asume y la experiencia adquirida se transforma en conocimiento dichoso.

He ahí una experiencia transmisible. Numerosos son los que pueden crear un lugar como éste, en el que estar es vivir dejando a los demás expansionarse en un diálogo abierto, con la responsabilidad de todos por cada uno y de cada uno por todos.

Este proyecto es bastante rico en posibilidades y va más allá de «el Patriarca».

Continuamente se forman cursillistas (terapeutas) que podrán recrear, en otros sitios, lugares de vida, donde podrán vivir todos aquellos que tanto lo necesitan.

Esta realización es lo suficientemente importante y ejemplar como para servir de prevención. En algunos países de América latina, se considera que La Boère es útil para ayudar a jóvenes difíciles aunque no sean drogadictos.

Éste es un modo de ayudar a los adolescentes a partir del momento en que se encuentran en un terreno favorable a la neurosis o la droga, ya que vivir en La Boère sería para ellos una pedagogía de elección.

De este modo la solución que Lucien, Réna y todo el grupo proponen es la mejor puesto que es la vida con todas sus exigencias, sus conflictos y sus alegrías a descubrir.

ALAIN VIRCONDELET

1. Fiesta en el Yermo

Mi padre era el niño que amo, con manos fuertes, muy suaves, la palabra serena y el mirar sabio.

A los veinte años, tenía los mismos recuerdos que la guerra. Soy de ese tiempo en que vivir era a veces morir. Pero cinco años de vida en grupo —no elegida—, ejército, cautividad, cárceles, campos, me aportaron el derecho del deber de ayuda.

Liberación. Me ocupaba de adolescentes desligados de sus familias, hijos de deportados, de fusilados, de muertos en combate. De encontrar para algunos, colocados en reformatorios, familias que los acogieran. De crear lugares de vida y de vacaciones para la mayoría.

Durante un período más corto, en dar vida a un hogar de estudiantes de la antigua resistencia, que habían perdido tres o cuatro años. La mayor parte están ahora bien situados socialmente y si, alguna vez, en la casualidad del camino, encuentro a alguno de ellos, me apresuro a olvidar los sueños de antaño.

En cuanto a mí, teniendo ya familia a mi cargo, dos niños, y siendo el responsable de su manutención, no podía continuar haciendo el estudiante. Llegaron los tiempos de vivir socialmente. Otros niños, una gran familia, una situación y evolución brillante. Bellos coches, mujeres, joyas, negocios... Cada vez menos vida real, cada vez más obligaciones superficiales, y el diálogo perdido con mujer e hijos.

He aguantado.

He roto, sufrido, hecho sufrir.

Había perdido el gusto de amar.

Veinte años así han pasado.
Después, he reanudado con el niño y con el nombre.
Pedagogía. Relación. Dos laderas de mi corazón.

*Todo amor sin esfuerzo es vano.
Todo esfuerzo sin amor es perjudicial.*

Enero 1972.

Desde hace cinco o seis años, intentamos, Réna y yo, ayudar a jóvenes marginados, y nuestra hospitalidad nos sitúa frente al problema, el Hasch, el ácido, rara vez más fuerte en aquella época.

En Thil, el pequeño pueblo del alto Garona, cerca del cual Réna era maestra, recibíamos restos de comunidades fragmentadas o bien jóvenes que habían roto con sus medios de origen y se encontraban sin nada.

De boca en boca, la reputación corre rápidamente: un poeta barbudo, su mujer, joven maestra, una casa en el campo, puerta abierta, buena comida y además trabajos creativos: música, tejidos, tapicería salvaje, vidrieras de botellas. Sí, puerta abierta. A veces gente de teatro, una bailarina de «Holiday on Ice», un cantante con más o menos talento, jóvenes que buscaban un arte nuevo, una vida nueva.

Todos estos medios tienen relaciones más o menos ligadas con la droga, pero más bien una droga ligera tipo hash, o ácido. No encontré en mi región, más que dos o tres yonquis de caballo de los cuales uno era alemán. Los yonquis, a los que decidí acoger y ayudar en 1972, formaban parte de los que en 1966 fumaban hash y que paso a paso habían llegado a la heroína, los más tardíos habían comenzado en 1968, los otros dos o tres años antes. Aún no se había planteado en la región y quizá tampoco en Francia el problema de la toxicomanía, ni en prevención ni en cura. Así pues no existía, oficialmente, más que un centro de post-cura, en Sartrouville, en la región parisina. El A.J.T.D.

Ayuda a jóvenes toxicómanos detenidos, buscaba soluciones familiares u otras para los jóvenes drogadictos que salían de prisión. Era también la época en que únicamente el hospital psiquiátrico les parecía a todos un remedio, un medio. Los toxicómanos eran deshechos, tarados, y en último término, extravagantes, una pretendida élite.

Todo estaba aún por hacer, ya que casi todo está aún por hacer, aunque la gente parece estar hoy un poco más sensibilizada hacia este problema.

A menudo se ha intentado politizar mi discurso y mi acción. No creo que el malestar de la juventud, los suicidios, la droga, sean problemas exclusivamente políticos. Me parece aberrante decir, pensar que cambiando el gobierno, cambiando el sistema, todo irá bien. Que el joven será feliz. Quizá tendrá más posibilidades de consumir, más tiempo libre, pero ¿para hacer qué?, ¿para ser qué o quién en definitiva?

Las relaciones humanas, la pedagogía, son evidentemente institucionales, pero en cualquier institución, y también pedagogía, podemos abrir o no una relación válida. No es suficiente tener más dinero o una situación mejor para estar mejor y expansionarse, en el colegio o en casa. Es verdad que están los demasiado afortunados, los demasiado desafortunados para los que un cambio sería aconsejable, pero en el conjunto, yo no lo creo. Se busca la facilidad en un todo ya hecho. La facilidad va a la par con la oferta de consumo. Y la lucha, el combate diario, la comunicación en la acción, el esfuerzo, la creatividad, todo está codificado, separado en partes: la era de los especialistas.

¿Y el hombre día a día en todo esto? ¿Y el niño? ¿Y el adolescente? ¿Dónde está el futuro de cada uno? No el porvenir ni la situación, sino ¿el ser? ¿La comunicación permanente, la alegría del niño, el fin del atroz malestar de los jóvenes del que son resultado la droga, el suicidio, el alcoholismo, la delincuencia, la inestabilidad? Para mí, experimentar, estudiar una pedagogía de urgencia, una posible

relación entre jóvenes y viejos, entre todos, es una necesidad que permite el descubrimiento de sí mismo, del otro, y, en definitiva un camino hacia la felicidad, el niño por un lado, el toxicómano y el suicida por otro, siendo los dos extremos de una pregunta a formular, de una respuesta a encontrar y a dar.

En 1972, buscamos en los alrededores de Thil un lugar de vida posible para nosotros y para los que vendrán a intentar volver a vivir.

En esos días, un vecino nos habla de una vieja propiedad abandonada, en la comunidad de Saint-Paul-sur-Save, llamada «La Boère». El invierno es suave. Enero, el corazón alegre, distribuye el primer sol del año.

Subimos al viejo 403 gris, Réna, Elsa, siete años, François, cinco, y yo. De nuestra finca a Saint-Paul, seis kilómetros bordeados de viejos plátanos (árboles), algunas casas dispersas, tierras labradas, a la derecha, una gran hacienda majestuosa. Falsa alegría: no es ahí. Un poco más lejos, a la izquierda, un camino mal aplanado, alrededor de doscientos metros de guijarros, un pequeño bosque, un campo sobre el que se amontonan bien alineados, centenas de tubos, o más bien de conductos de alcantarilla. Más tarde me enteraría de que el ayuntamiento, propietario del lugar ha cedido en alquiler durante dieciocho meses una finca que forma parte del lote, y por una suma ridícula; la sociedad arrendataria ha instalado en ella despachos, talleres, cubierto el suelo exterior e interior con tuberías, juntas, chatarra y otras delicias. Los desperfectos ocasionados son muy importantes.

Al final del camino a la izquierda, el edificio de la granja, muy deteriorado. De frente una gran construcción con doble escalera y escalinata así como una capilla con el tejado derrumbado. Estamos en La Boère. El coche se para, los niños se precipitan sobre los tubos, chillando, y Réna y yo contemplamos los robles muy bellos. Cogidos de la mano, damos una vuelta. Por todos lados, tuberías, basuras y zar-

zas, pero también un cedro, cinco veces centenario, en un parque, y milagro de este bello invierno, entre el musgo, algunas violetas blancas.

Para entrar hay que forzar las puertas, enredadas entre las hierbas y las espinas. Todas las chimeneas están arrancadas, excepto una, de mármol rosa, en el gran salón. En todas las paredes, agujeros. En todas las puertas antiguas (el edificio es del siglo XVIII) faltan los picaportes. En la capilla el suelo de madera carcomida se hunde bajo las inmundicias: allí vivían los cerdos. El antiguo arrendatario criaba tanto pollos como pintadas en gran cantidad, en el interior de los edificios.

Por todas partes, la inconsciencia de unos y otros ha estropeado, destruido, malogrado. Millares de agujeros de plomo en los zócalos de cinc. Pero hay cerca de cinco hectáreas, edificios incluidos, y andamos con entusiasmo, el corazón alegre, en medio de la desolación. Al fondo la gran obra de un edificio nuevo, un piso, ocho grandes piezas, el suelo lleno de estiércol. «Ahí, haremos la escuela», dice Réna. En el ángulo derecho de la vieja casa, una torre. Forzamos la puerta: ¡ay!, no hay más que las cuatro paredes, el tejado-terraza está reventado. Electricidad de Francia ha instalado y luego quitado un transformador.

Pero los proyectos fluyen ya. Nada nos detiene, evidentemente suponemos que el alquiler será ridículo. Uno de nuestros amigos, médico, vino a ver el lugar en marzo del 72 y nos trató de locos: «Harán falta al menos, dice, treinta millones de francos antiguos y tres años de trabajo, para devolverlo a su estado, ¡y aún! No tenemos más que cinco mil francos y nuestra fe en el porvenir y en lo que hacemos: ayudar a los jóvenes desesperados, pedagogía. Vamos a limpiarlo todo, a reconstruir: no vemos más que el espacio, la madera, el prado una vez quitados los tubos. Habrá una vaca, cabras, aves, ¡ah!, una gran jaula de conejos. ¡Qué maravilla!

Y la capilla, una vez devuelta a su estado será teatro, cine, sala de conciertos, sala de meditación, de yoga, etc. Haremos vidrieras nosotros mismos. ¡Cielos!, una campana. Aprisa, Réna trepa, se arriesga y es la primera llamada de nuestra campana. Suena bien. ¡Magnífico!»

Decidimos volver al cabo de algunos días. Plantar lirios, romero, tomillo, brezos.

Pero primero hay que alquilar el lugar. Sabemos que la propiedad de La Boère pertenece a Saint-Paul-sur-Save: es un legado de tiempos de la Revolución. Visitamos al alcalde, éste, muy dueño de sí mismo, muy consciente también de nuestro entusiasmo y nuestra inocencia, con semblante de duda, tira de la cuerda. «El dinero del alquiler, explica, va a nuestras obras sociales. Es gracias a él que pasamos la Navidad y los paquetes de los viejos».

Bueno, de acuerdo, aceptamos. Cinco mil francos al año, a variar según el índice económico, más los impuestos de propiedad, esta vez a nuestro cargo. Leemos en un extracto del contrato de alquiler que la reparación y el mantenimiento de la gran obra y de los tejados corren igualmente a nuestro cargo. ¡Curioso! Pero lo necesitamos tanto, tantas ganas de grandes espacios, grandes edificios. Discutimos un poco, en vista del estado lamentable del lugar, pero al fin, cedemos. ¿Mercado de timos? ¡Qué importa más o menos dinero! La confianza y el coraje no faltan.

Pero aún no está todo tratado. El contrato redactado, verificado, aceptado, todavía tiene que ser aprobado por el despacho de ayuda social por el consejo municipal y la prefectura, cogarantes de los legados.

A la espera de su aprobación, vamos casi diariamente a La Boère, llevando, a veces a atónitos amigos y a algunos marginados, únicos entusiastas.

Decir que no vemos más que el buen lado de las cosas es inexacto: no vemos más que su maravilloso potencial, creamos fantasmas que existirán, que existen ahora, sobrepasando la realidad. En este estado de espíritu todo es po-

sitivo. Del enorme trabajo a hacer no subsiste más que la ocupación benéfica para todos, la creatividad, la imaginación necesaria, el superarse a sí mismo y a los demás.

Con Réna, hago un metraje, un plano detallado de La Boère y de todos los edificios, salvo bien entendido, de la vieja granja ocupada y su alrededor, piezas desprendidas, chatarras y tuberías.

El invierno es dulce con mi alegría, y me permite a menudo llevar a mujer e hijos a perderse en el país de las maravillas futuras. Intento atraer a un amigo a lanzarse con nosotros en la batalla. Crear un lugar de vida para los jóvenes marginados u otros. Parece por tanto capaz de concebir esta especie de locura realista. Es vegetariano, adepto a los largos ayunos, ex dibujante industrial, convertido por gusto en jardinero, soñando con la cría de ovejas o de cabras. Está casado, tres niños un poco delgaduchos, una mujer llena de coraje, el espíritu claro, lista ella para comprender una vida de grupo, todo ello conservando una cierta libertad de vida privada, normal.

Les propongo una parte de los edificios separados por la capilla. Inmediatamente tengo la Impresión de que el trabajo les asusta, o el futuro, o sino mi entusiasmo. Muy rápidamente se fueron a criar cabras a la montaña. No les he vuelto a ver más que una vez. Perdido en los Pirineos, propietarios de treinta cabras, arrendatarios de pastos montañoses, vegetan tristes, solos, no siendo útiles ni a ellos mismos ni a nadie. Sobreviviendo, aislados en un mundo que les ignora, rechazados. ¿Es orgullo, inconsciencia, o el miedo a medirse en la acción con los demás? Ser prisionero de su soledad, incluso escogida, me parece negativo. Para mí, el hombre es un animal social, que, para ser feliz necesita darse, dedicarse, intercambiar, comunicar. Reservar esto únicamente a la familia directa es ser generador no de vida sino de supervivencia.

Henos ahí, Réna y yo, solos, responsables de una elección entusiasta pero difícil. Los jóvenes que estaban con